



ANE

Alaine Agirre

erein

ANE

coleccion: **PÁS
ALO** 

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el
Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1ª edición: Enero de 2022

Título original:

Ane

Diseño de cubierta e interior:

Iturri

Imagen de cubierta:

Aitor Arana

Maquetación:

Erein

© Alaine Agirre

© de la traducción: Irati Iturriza

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-757-0

D.L.: D 36-2022

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

ANE

Alaine Agirre

Traducción de Irati Iturritza

erein

– I –

OTOÑO

And I've been a fool and I've been blind
I can never leave the past behind
I can see no way, I can see no way
I'm always dragging that horse around.

Our love is pastured such a mournful sound
Tonight I'm gonna bury that horse in the ground
So I like to keep my issues strong
But it's always darkest before the dawn.

Y he sido una tonta, y he estado ciega,
nunca puedo dejar atrás el pasado,
no puedo ver el camino, no puedo ver el camino,
estoy siempre arrastrando ese lastre.

Y nuestro amor está pastando, qué sonido tan lúgubre,
esta noche voy a enterrar ese lastre en la tierra,
me gusta mantener mis cosas recogidas,
pero siempre es más oscuro antes del amanecer.

FLORENCE AND THE MACHINE, *Shake it out*

1

Botones y bombas

Ane lleva un rato con la mirada clavada en uno de los botones del chaleco. Se trata de un botón marrón, grueso, de borde redondeado; un botón sin intención alguna de permanecer oculto, un botón tan clásico que puede permitirse ser arrogante. El chaleco le recuerda a esas películas eternas, de casi tres horas, que echan los sábados por la tarde en la tele. Ya sabes, esas ambientadas en Oxford o en Cambridge (¡qué más da!) durante la Segunda Guerra Mundial. Pues parece salido de una de esas pelis: tela verde oscura, recia, dos bolsillos y botones gruesos, marrones, redondeados. La caza del zorro, castillos escoceses, tacitas de porcelana... ese rollo. Cuanto más mira Ane el botón, más le recuerda a su dueño. Marrón, grueso, con los bordes redondeados. Un botón por antonomasia. Cuando el profesor se compró el chaleco, ¿existían ya los ordenadores? ¿Se hablaba ya del cambio climático? ¿Habíamos pisado ya la luna?

Les había dicho a sus padres que no quería estudiar Ciencias Empresariales. Que no le gustaba la carrera. Que sí, que lo entiende, algo tendrá que hacer,

pero no tiene por qué ser eso. Sííííí, es consciente de que estudiar le abrirá puertas... ¿cómo no va a serlo? No se refiere a... Que sí, que entiende lo que dicen, pero... *¿Y si me tomo un año, y luego me matriculo? Y así, mientras tanto... Aita, pero... sí, sí, pero... que sí, ama, pero que igual es buena idea tomarme un tiempo para decidir qué quiero hacer, y mientras tanto... No, aita, no sería una pérdida de tiempo, me serviría para... ¿Para qué? Pues, ama, para descubrir qué quiero hacer... No, aita, tomarse un tiempo no es... Ama, los padres de Maren también querían que estudiara Medicina, pero ella se dio cuenta de que prefería seguir con el piano... No, aita, no era por su bien, querían obligarla. Que sí, claro que entiendo que la carrera de Empresariales tiene salidas... Cada vez que dice algo así, le entra la risa, porque en su cabeza, al pensar en los estudios universitarios, aparece un cartel verde que reza *Salida de emergencia*; desde luego, qué cosas tiene la mente. Aunque quizás no sea una asociación tan disparatada; ir a la universidad es, al menos para algunos, una salida de emergencia, una huida; para Ane, sin duda alguna, lo es.*

Ane dedicó mucho tiempo a dar explicaciones y a poner ejemplos, pero no fue suficiente para convencer a sus padres. Todos sus alegatos –los emocionales, los racionales, y todos los demás– fueron en vano. Y

luego dirán que la comunicación asertiva es eficaz. No siempre, o no, desde luego, con su familia.

El caso es que terminaron por obligarla, y que ahora va a la universidad, con la mochila llena de carpetas y bolígrafos. Todo apunta, sin embargo, a que no han logrado convencerla. Esta mañana, cuando ha visto al profesor sacar un pañuelo de tela del bolsillo de su chaleco y sonarse los mocos, Ane lo ha sabido. Después de darle tantas vueltas, le ha venido a la mente, o mejor dicho al cuerpo. Una certeza la ha recorrido de arriba abajo, como una bomba nazi lanzada sobre Londres: va a dejar la carrera.

Por cierto, ahora que lo piensa: esas películas, ¿no son todas iguales?

En pocas palabras

—Tengo que contarte algo.

—¿Que dejas la carrera? —le pregunta Maren, aunque en realidad no es una pregunta.

Se conocen desde hace tiempo; han desarrollado la capacidad para escuchar lo que no llega a pronunciarse, pueden ver aquello que la otra no alcanza a intuir siquiera. Su amistad es de las que no necesitan muchas palabras: «¿Nos tomamos una luego? / Ok, ¿a las siete? / Donde siempre». Un poco así. Y ahí están, donde siempre, en Malandra, y tomándose una cerveza ya sin espuma, un sábado por la tarde.

A Ane no le sorprende la respuesta de su amiga, pero, aun y todo, la interroga con la mirada. Maren responde al gesto diciendo:

—Estaba clarísimo, desde que empezaste. —Le da un trago a la cerveza y añade—: Desde antes de que empezaras, la verdad. Cualquiera que te conozca lo más mínimo sabe que tu tipo de carrera no es precisamente el Grado en Administración y Dirección de Empresas. —Al decir eso último, hace un gesto con los dedos, como si dibujara comillas en el aire.

—Entonces mis padres no me conocen.

Maren levanta una ceja y frunce la boca, como queriendo decir «qué le vamos a hacer», pero después le ofrece una frase consoladora:

—En algún momento lo tendrán que entender. Los míos, al final, lo entendieron.

—Bueno, ya les costó —responde Ane, antes de darle un último sorbo a la cerveza, y dejar el vaso en la barra con un pequeño golpe—. Y a los míos les costará todavía más. No soy una promesa del piano, no dejo la carrera para hacer otra cosa. La verdad es que no tengo ninguna otra cosa. No tengo un plan B, ni sueños por cumplir, ni otra carrera que me interese. No sé qué hacer, no se me ocurre *nothing de nothing*.

Las palabras de Ane anuncian chubascos, pero Maren no sabe qué decir. Si va a intentar consolarla, lo que diga tiene que ser creíble.

—Ya lo encontrarás.

Intento fallido de consuelo.

—Que sí, ya verás —añade Maren y, señalando al vaso vacío, le pregunta, de nuevo sin palabras, si quiere tomarse otra.

Ane asiente.

Pocas palabras. Entre amigas íntimas no hace falta mucho más.

—Esta la pago yo. ¡No sabes el peso que me he quitado de encima!

—Hay que celebrarlo. A partir de ahora, no tendrás que aguantar a esos profesores casposos. ¿Cómo llamabas a ese que lleva ropa viejuna?

—¿Churchill?

—¡Sí, ese! —Y ambas se echan a reír.

Hablan poco, ríen mucho.

—¿No ves que eres demasiado creativa para estudiar economía?

—O demasiado irresponsable. He intentado ser como mis compañeros, pero no me sale: van a todas las clases, son de lo más formales. Y en cuanto el profesor dice *buenos días* ya están cogiendo apuntes. Por la tarde, en lugar de ir a tomar algo, van a clases particulares... Mis padres estarían encantados de poder adoptarlos a todos. Y a mí me venderían por cinco euros.

—Bueno, Ane, no es malo tomarse los estudios en serio, si te gustan.

—Sí, ya lo sé, pero es que hace poco estuvimos hablando de música, y solo conocían a Shakira. El otro día uno me vio leyendo un libro, y va y me pregunta que para qué leo. A ver si entraba en el examen.

—Sí, ¿y no me dijiste tú que van todos vestidos como clones?

—Sí, son *made in Zara*, de arriba a abajo. Y yo voy como una *clown*.

Hablan poco, ríen muchísimo.

—Estoy segura de que en clase de Libe y Oier no hay gente así —dice Ane, con envidia sana.

—Bueno, Libe estudia Bellas Artes. Ahí hay poco clon y mucho *clown*. —Maren se interrumpe, bebe un trago y a continuación pregunta, como quien camina sobre cáscaras de huevo—: Por cierto, ¿cómo le va a Oier? ¿Qué tal lo vuestro?

—*Pasapalabra*. ¿Tú qué tal por Donosti?

Pocas palabras bastan para entender qué hay detrás de un cambio de tema. Maren se rinde y responde a la pregunta de Ane:

—Pues es duro, pero estoy supercontenta.

—Claro, es que lo tuyo es la música.

Pocas palabras bastan para descifrar un silencio.

—Ane, estoy segura de que encontrarás tu camino. Ya descubrirás qué es lo que quieres hacer. Y, cuando lo hagas, lo vas a petar, sea en lo que sea. Porque no hay nadie que te pare cuando te implicas en algo.

Pocas palabras bastan para dar las gracias con sinceridad. Y, sobre todo, para quererse.